

“Hey! Teachers! Dejen a esos niños en paz”

Modificación de conducta: ¿Al servicio del establishment o en su contra?

Una selección de: Edson Escalante de la entrevista realizada por Philip J. Hilts en 1974 y publicada en Behavior Mod por Harper's Magazine Press.

Paul Graubard era un muchacho problema en la escuela. Aprendió todo lo relacionado con la disciplina de las escuelas públicas en su propio cuerpo. A los quince años abandonó la escuela. Cuando años más tarde se dedicó a la modificación de la conducta, todo mundo esperaba que pudiese comprender fácilmente a los chicos difíciles.

Graubard conocía las injusticias que se cometían en las escuelas, y la absurda manera de “marcar” a aquellos niños que no parecían “normales”. Le conmovía —dice él mismo— “ver como la individualidad y la creatividad eran sofocadas en ‘niños excepcionales’, ya que se esperaba que actuaran siguiendo las leyes de la cultura dominante. Estos niños frecuentemente son las trágicas víctimas de nuestra sociedad. Con la excusa de ‘ayudarlos’, la sociedad ha estigmatizado a estos niños marcándolos como ‘retrasados mentales’, ‘psicóticos’ y ‘esquizofrénicos’. Por ello han perdido su intimidad, han sido sometidos al ridículo público, se han visto sometidos a tratamiento en escuelas especiales y hospitales y a una pérdida de prestigio y privilegios.

Las escuelas públicas tradicionalmente se han mostrado intransigentes y severas con las conductas que se apartaban de la normalidad. La modificación de la conducta ha ayudado a cambiar dichos puntos de vista. La literatura de la modificación de la conducta suministra los casos. Los clientes de los controladores de conducta han sido los maestros y administradores de las escuelas. Si el cliente dice que desea eliminar las



conversaciones inútiles en la clase, esto es lo que consigue. Si no le gustan los niños que discuten con los maestros, entonces las discusiones son eliminadas. Si los niños no presentan la suficiente atención, el modificador de la conducta conseguirá que presten atención.

Pero Paul Graubard tenía otras ideas. Cuando consiguió un contrato para trabajar en la escuela Visalia, de California, fue recibido como siempre: Estos niños son destructivos...

Tenía la misión de apaciguar a algunos niños que habían sido definidos como alborotadores. La escuela era famosa por su dura disciplina y por sus rígidos maestros; rigidez compuesta de “racismo y prejuicios”. Cuando Graubard evaluó la situación, decidió cambiar de táctica.

—“Decidimos no apaciguar a los niños ya que sabíamos que jamás podríamos satisfacer a los maestros— explica Graubard. Por lo que se dedicó a estudiar la otra mitad de la ecuación. Los maestros se convirtieron en su blanco; los estudiantes fueron los modificadores. Se les explicó a los revoltosos alumnos las técnicas de la modificación de la conducta... y cómo controlar la conducta de sus maestros. Por supuesto, no se explicó nada de todo ello a los profesores. Todo lo que ellos debían saber era que estos niños estaban asistiendo a unas clases especiales.

Graubard y Harry Rosenberg, el psicólogo de Visalia, eligieron a siete estudiantes con edades comprendidas entre los doce y los quince años. Eran considerados los más revoltosos de la escuela. Asistieron a una lección secreta diaria con el psicólogo. “Les explicamos a los niños que les daríamos un cierto tipo de poder sobre sus maestros — dice Graubard—. Les encantó la idea.” El objetivo era conseguir que los maestros aficionados al castigo fuesen más cariñosos y más abiertos, de modo que a cada



“joven” modificador de conducta se le asignaron dos maestros para que trabajasen secretamente.

Una de las técnicas empleadas en los confiados maestros fue la denominada, “Fenómeno Aha”. Cuando el maestro explicaba algo que el alumno ya sabía, éste esperaba hasta que la explicación terminaba. Entonces humildemente levantaría el brazo, y a pesar de que conocía el tema, le pediría al maestro que repitiese la explicación. El exasperado maestro comenzaría de nuevo.

Cuando el maestro se encontraba en la mitad de su explicación, el alumno detenía al maestro. Su cara se alegraba. Sonreía, “Aha —decía—. ¡Ahora lo entiendo!”

Invariablemente el maestro se sentía orgulloso y mejor dispuesto hacia el joven. — “Cuando yo estaba enseñando —dice Graubard—, y veía que un estudiante entendía algo me alegraba inmensamente. Esta es una sensación que los maestros no experimentan con mucha frecuencia.”

En las clases de “alto secreto” se les explicaba a los jóvenes controladores dos técnicas distintas: las destinadas a terminar con la mala conducta del profesor, y las que debían incrementar la conducta positiva del maestro. —“Les dijimos a los niños que, cuando un maestro les gritase en vez de sostenerle la mirada, debían mirar al suelo y adoptar un aire humilde. Les explicamos que debían evitar cualquier discusión —dice Graubard. Se les insinuó también que mostrasen interés por las explicaciones de los profesores y que lo demostrasen con frases como, “Esto es muy interesante”. Los niños aprendieron a afirmar con la cabeza en los momentos adecuados, a mantener breves conversaciones con los maestros y cómo elogiar el trabajo de los maestros con tacto.



Después de este entrenamiento guerrillero, los jóvenes entraban en la clase armados con un contador en el bolsillo. Habían sido enseñados a medir la buena y mala conducta de sus maestros. Después de nueve semanas de tratamiento, las gráficas del psicólogo mostraron que el número de contactos positivos entre los jóvenes modificadores y sus maestros se elevó de un ocho por ciento a un treinta por ciento. Los contactos negativos descendieron de un veinte por ciento a cero.

Graubard también trabajó en un experimento relacionado con el ruido en Visalia. —“Una de las quejas que con más frecuencia presentan los maestros, es la de que los alumnos hacen excesivo ruido. Nuestra intención no era la de eliminar el ruido produciendo alumnos más tranquilos. En vez de ello pretendíamos que los maestros aceptasen el nivel de ruido espontáneamente producido por los niños.”

Los controladores calcularon subrepticamente el ruido en cuatro salones de clases. Se trataba de las clases más silenciosas ya que sus maestros habían logrado silenciar a sus alumnos. El promedio de ruido de las clases en una semana era de treinta decibelios.

Entonces comenzó el programa. A los supervisores de los maestros se les facilitó un sistema de reforzamiento. Fueron enviados para que elogiasen el trabajo que los maestros habían realizado en las clases. Subrayaron lo impresionados que estaban por la tolerancia que habían mostrado en relación con el ruido, dejando que los niños se expresasen libremente. Una vez hecho esto, los supervisores pidieron permiso al maestro para usar su clase como modelo. Anteriormente les habían dicho a los maestros que los visitantes estaban interesados en comprobar “cuanta libertad de expresión permitía un buen maestro”. Entre los visitantes se contaba el superintendente de la escuela, quien también alabó la tolerancia de los maestros.



Después de transcurridas cinco semanas, los maestros que antes habían forzado el silencio, se convirtieron en exponentes de la libertad en las clases. El nivel de ruido en sus clases pasó de treinta decibelios, a cuarenta y cinco, sesenta, y finalmente llegó a setenta decibelios de promedio.

En otros dos estudios también efectuados en Visalia, Graubard trabajó con niños retrasados. Les enseñó algunas técnicas para que cambiasen las conductas de algunos niños normales que habían abusado de ellos.

A la conclusión de los cuatro experimentos, el psicólogo escribió: “Los grupos socialmente desviados pueden cambiar la conducta de aquellos grupos que generalmente tenían más control sobre ellos... Los programas que fueron estudiados en esta escuela también demostraron que es posible esparcir el poder, incluso el poder político, de una manera que normalmente es prohibitiva de los grupos minoritarios. Normalmente los grupos establecidos, tales como los maestros, los niños normales, y los superdotados, mantienen el poder en la estructura escolar. Se han demostrado que dicho control puede ser neutralizado...”

Graubard y Rosenberg están buscando otras escuelas para continuar sus experimentos: Excitado por las tremendas posibilidades que le ofrece su trabajo, Graubard añade: — “Estamos esparciendo el conocimiento y el poder. ¡Quiero que pase a formar parte de la estructura escolar... con una clase de modificación de la conducta en cada escuela!

Su trabajo subraya el poder de la modificación de conducta y su neutralización. Ello ha producido una brecha entre los modificadores de conducta. ¿Qué conductas deben ser condicionadas y en las manos de quién deben dejarse las herramientas para hacerlo?



El establishment de los modificadores de conducta dice que se ha subrayado el control de la conducta problemática ya que ésta era el blanco más fácil y lo que los maestros querían. Un par de investigadores anotaron que entre 1968 y 1970, el *Journal of Applied Behavior Analysis*, (la revista de los modificadores), tan sólo en un estudio —entre muchos proyectos— puso en duda que el silencio y la carencia de movimiento fuese la conducta ideal de una clase.

Unos cuantos modificadores confiesan que el argumento, “los maestros lo querían”, es muy débil. La otra defensa tradicional: “La técnica por sí misma carece de valores”, es también débil. Como uno que no pertenecía al grupo dijo: Esto es como el argumento de Wernher von Braun. Mis cohetes suben, ¿Quién se preocupa de dónde caen?”

Richard Winnett y Robert Winkler, en un artículo aparecido en el *Journal* (número cinco, 1972) dicen: “... los modificadores de la conducta han empleado sus técnicas y procedimientos para satisfacer las metas y los valores de los actuales sistemas escolares. Si dichos sistemas tuviesen metas y valores, esto sería algo admirable, pero sí los críticos... tienen razón en parte, es lógico presumir que los modificadores de la conducta le están prestando un flojo servicio a la educación... Parece que los modificadores han sido instrumentos del status quo, indiscutibles sirvientes del sistema que prospera en un reinado de ‘la ley y el orden’, con un aparente detrimento para el proceso educacional. Lo que quizá desanima más es que parece que nuestros procedimientos funcionan, y con ello se consigue que el sistema sea aún más eficaz.”

Además de los “problemas de conducta”, los modificadores han trabajado para incrementar ítems como “conducta de la atención”, “conducta de estudio”, etc. Es decir, niños más dóciles.



El grupo más importante de rebeldes entre los modificadores de conducta es capitaneado por Ogden Lindsley. Seguido por varias docenas de modificadores de conducta incluidos en el sistema. “Si, la modificación de la conducta es algo rígido y producirá robots, dice él. Ello es debido a que los modificadores han olvidado su ciencia básica. Cuando los principios skinnerianos son empleados adecuadamente, liberan a los niños de cualquier control.”

En su pequeña oficina de Kansas, está buscando en un portafolio, sacando datos y gráficas. Empieza diciendo que la modificación de la conducta comenzó con los trabajos de Skinner, pero que ha ido retrocediendo hasta las técnicas watsonerianas de principios de siglo.

—“En el laboratorio —continúa diciendo—, Skinner no anotó la conducta de las ratas. Si se suponía que una rata tenía que empujar una palanca, lo que se anotaba tan sólo era el movimiento de la palanca. Los primeros modificadores jamás anotaron los movimientos previos de la rata. Tan sólo el movimiento de la palanca,

—“Mucha gente ha olvidado que en el laboratorio animal no anotábamos el empuje de la palanca. Anotábamos el efecto del movimiento del animal —dice Lindsley.

—De acuerdo —sigue más animado—. ¿Qué tiene esto que ver con las actuales aplicaciones? Hemos retornado a las técnicas watsonerianas de conducta. ¡Se sientan en una clase y anotan si el niño está dedicado a estudiar! No si aprende algo. Este sería el efecto. ¡Tenemos gente que se dedica a anotar el movimiento de las hojas de un libro! Así conseguiremos una clase formada por niños que tan solo miran sus libros. Esto sería como si alguien mirase en la jaula de una rata y anotase la pata apoyada en la palanca.



Lindsley hace una pausa, reflexiona y seguidamente continúa: “¡El lego lo sabe! Recuerdo estar en la sala de estudio del North Kingstown Hig School, en el año 1938 o 1939, y verme forzado a estudiar unos libros de civismo. Yo daba la sensación de que estaba dedicado a mi tarea. Si me hubieras visto, hubieses dicho, “Qué estudiante más aplicado es Ogden”. Pero dentro del libro de texto yo tenía una interesante novela policiaca.

—“¡Hubiese podido estar mirando al techo y al mismo tiempo estar resolviendo raíces cuadradas! Va contra todos los principios skinnerianos el intentar que todos tengan el mismo comportamiento —dice Lindsley—. Le robas al estudiante la oportunidad de hacerlo como mejor le parezca. Los primeros skinnerianos tenían más respeto por las ratas que el que los modernos modificadores tienen actualmente por los seres humanos.

—“¡Jamás le dijimos a una rata cómo debía empujar una palanca! Lo recompensábamos por hacerlo a su manera. Premiábamos el efecto, concluye Lindsley. Con los niños, el blanco deberían ser el aprendizaje académico, no la tranquilidad o la “conducta de estudio”.

—“¿Conoce el Fosbury Flop —pregunta Lindsley—. ¿El tipo que salta al revés para batir el récord mundial? Bien, si su entrenador fuese uno de los modernos modificadores de la conducta, no le hubiese permitido saltar de otra manera que no fuese la que él creía que era la más apropiada.

—“Si tomas nota de lo bien que suena un cello, entonces puedes conseguir un Pablo Casals . El aguantaba el cello de una manera extraña. Si se presta atención a la manera



correcta de sostenerlo, entonces no conseguirás un Casals. No permiten que se muestren las diferencias individuales.

Lindsley ha sacado otro grupo de gráficas. Además de todo lo que se ha dicho en relación con los principios básicos, va a demostrar que no hay ninguna relación entre “aprender” y “parecer que se está estudiando”. Elige la gráfica de un muchacho.

—“En matemáticas correcto. Aquí se observa que, cuando ellos creen que está estudiando, las respuestas son menos correctas. Pero cuando parece que presta menos atención a su tarea, consigue más respuestas correctas. —Elige cuatro gráficas más— Si cogemos cuatro niños que necesitan educación especial y anotamos en la gráfica el “porcentaje de tiempo-atención” ... y lo comparamos con el incremento de su trabajo... veremos que no hay ninguna relación.

Por lo que las escuadras de modificadores de la conducta están abusando de su poder: modifican la conducta para mantener a los niños tranquilos, pero ignorando casi por completo lo más importante; el aprendizaje y la realización académica. Pero no son los principios skinnerianos los que transforman a los niños en robots. De hecho, la ciencia skinneriana da una mayor libertad a los niños.

Debemos respetar a los niños tanto como respetamos a las ratas. Las ratas controlan su propia conducta. Una máquina cuenta automáticamente las veces que la rata empuja la palanca. ¿Por qué no permitir a los niños que controlen su propia conducta?

—“Si se consigue que toda la nación controle su propia conducta, se consigue un sistema más barato que si se tiene a toda una nación controlada por máquinas o por otras personas. Y también se soluciona todo el problema de la manipulación. Si se le



ofrece a la gente el sistema del control propio, se consigue eliminar todo lo relacionado con la manipulación... En la modificación de la conducta tradicional, las gráficas pertenecen a los expertos, a los maestros o a los directores. Demos las gráficas a los niños. Solamente sugerimos cuando los intentos de los niños por cambiar sus propias conductas han fracasado. Y esto no ocurre con mucha frecuencia.

—“La gráfica es algo fantástica para los niños —sigue Lindsley—. No es raro que un niño mejore su propia conducta tan sólo para ver cómo sube la línea de la gráfica o para demostrar que ha mejorado.

El sistema de control se puede dividir en unas cuantas partes: ¿Quién controla la conducta, ¿quién la anota en la gráfica y quién utiliza la gráfica para decidir qué conducta debe ser cambiada?”

—“Nosotros tratamos de dejarlo todo en las manos de los estudiantes —dice Lindsley—. Cuanto más alejados estén los estudiantes estén de ello, los resultados serán más manipulados, rígidos y equivocados.

Por supuesto aplicando las ideas de Lindsley, el síndrome de poder, descrito por el estudio de Grauberd, se derrumba. No sólo el profesor encontraría dificultades para ejercer el autoritarismo, sino también los niños se lo impedirían.

—“Aquí tenemos una gráfica —explica Lindsley—. Una maestra de veinticinco años de edad, y su controlador de conducta es una chica de once años. Sexto grado. La niña anotó los berrinches de la maestra. Tan sólo representan los enfados de la profesora: “No podemos seguir aguantando todas estas tonterías por más tiempo”. Los niños lo



definen como un berrinche. Le pedimos (a otro adulto) que los describiese. Los llamé “breve momentos de exceso de presión”.

“Esto demuestra lo que ocurre cuando los niños diseñan sus propios procedimientos de cambio. Son creativos y efectivos. Cada vez que la maestra tenía un berrinche, la niña se levantaba de su silla, daba una vuelta alrededor de ella y volvía a sentarse. ¿Fue efectivo? En dos semanas, los berrinches habían desaparecido. Tan bueno como cualquier otro estimulante.

En otra clase, los niños querían que su maestro los elogiase más. Pensaron que no era lo suficientemente obsequioso. Por ello: —“Fabricaron un letrero de cartón en el que se leía: NOS GUSTAN LOS ELOGIOS. Se limitaron a colocarlo sobre la mesa. Allí se quedó.

—“Los elogiaban cinco o seis veces al día, [un estudiante] colocó el letrero, y los elogios inmediatamente aumentaron a cuarenta o cincuenta por día. Cuando se sacó el letrero, disminuyeron hasta treinta veces por día. Así que el efecto total fue que los elogiaba seis veces más que al principio —explica Lindsley.

Y Og el Loco ha iniciado otra rebelión contra el establishment de los modificadores de conducta. Pero en ésta no se encuentra solo. Muchos de los que forman las escuadras de modificadores son idealistas, y se convirtieron a las técnicas de modificación de conducta debido a que les ofrecía la oportunidad de hacer un bien a la gente. Pero ahora con frecuencia se encuentran aliados con los procedimientos del establishment, de los que ellos escaparon. Por ello, en la literatura, en los seminarios, en las conferencias y en las conversaciones relacionadas con la modificación de la conducta, constantemente emergen dudas.



–“Mientras nos limitemos a remedar el sistema, el sistema permanecerá tal como es ahora. Todo lo que conseguimos en la actualidad es que los maestros consigan una pobre formación... y el resultado es una escuela o un sistema cultural que mantiene las conductas triviales o estúpidas de los niños...”

–“Con frecuencia los psicólogos, como otros científicos, se ven a sí mismos completamente desligados del poder. Pero tanto si los psicólogos se ven involucrados como si no, el incremento del control en nuestra sociedad, con frecuencia se pone al servicio de las élites presentes...”

–“Una clase tranquila, controlada y dócil quizá no sólo no sea necesaria, sino también destructiva.”

Estos son los comentarios de las escuadras de modificadores. Pero todavía no es el punto de vista más extendido. Y quizá nunca lo será si las actuales prácticas de la modificación de la conducta invaden el panorama general.

La ironía final la encontramos en la vida de John Broadus Watson, el padre del conductismo. John Watson fue un mal estudiante y un alborotador en la escuela. Pero muy creativo. Su espíritu rebelde le sirvió cuando más tarde anunció el nacimiento de una ciencia de la conducta incluso mucho antes de contar con todos los hechos. Nos preguntamos si John Watson en la actualidad no sería un simple oficinista, o burócrata si hubiese asistido a las clases controladas por los actuales modificadores. ¿Lo hubieran normalizado?

